

—Tengo un secreto... tengo un secreto... tengo un secreto y no te lo diré —canturreó Dovie Johnson que, sentada en el borde del muelle, se balanceaba hacia adelante y hacia atrás.

Jane temblaba al verla; sin embargo, aquel vaivén le resultaba fascinante. Estaba segura de que Dovie alguna vez se caería y ¿entonces qué? Pero Dovie nunca se caía. Siempre tenía suerte.

Todo lo que Dovie hacía, o decía que hacía —lo cual tal vez fuesen dos cosas diferentes, si bien Jane era demasiado inocente y crédula como para advertirlo—, le resultaba fascinante. Dovie, que tenía once años y que toda su vida vivió en Bartibog, sabía muchas más cosas que Jane, que apenas tenía ocho y que sólo hacía un año que vivía allí. Dovie solía decir que Bartibog era el único lugar donde la gente sabía todo. ¿Qué podía, en cambio, saber Jane, encerrada en un pueblo?

Y Dovie guardaba tantos secretos... Nunca quería contárselos y Jane se moría por saberlos. Los secretos debían ser espléndidos, hermosos y llenos de misterio. Jane ni siquiera tenía un solo secreto. Todo lo que sabía lo sabía el resto de la gente: mamá, tía Helen y tío George. Y, según Dovie, los secretos no eran secretos, si los sabían más de dos personas. Si Dovie le contara tan sólo un secreto, sería suficiente. Pero por más que Jane le suplicara, como en realidad hacía, Dovie no le contaba ninguno. Dovie sólo arrugaba la ancha naricita, se daba aires de importancia y decía que Jane era demasiado pequeña para tener secretos. Eso la enfurecía.

—Se lo contarías a alguien. No podrías evitarlo —se burlaba Dovie.

—No, no se lo contaría a nadie —gritaba Jane—. Dovie, por favor, cuéntame un secreto, sólo uno. ¡Tienes tantos! Podrías decirme uno solo. Dovie... —A Jane se le ocurrió una súbita idea brillante—, si me cuentas un secreto, te daré seis manzanas.

Los extraños ojitos color ámbar de Dovie se iluminaron. Las manzanas de Bartibog eran manzanas, ya que allí había muy pocos huertos. George Lawrence tenía uno, en el que cultivaba manzanas en agosto, que maduraban antes que en cualquier otro lugar de Bartibog.

—¿Seis manzanas amarillas de ese árbol que mira al sudoeste? —negoció Dovie.

Jane asintió. Su respiración se hizo más agitada. ¿Sería cierto... sería posible que Dovie le contara un secreto?

—¿Te dejará tu tía? —insistió Dovie.

Todos en Bartibog sabían que la mujer de George Lawrence era mezquina con las manzanas, como con todo lo demás. Tía Helen le dejaba comer una manzana por día —«para alejar las enfermedades»—, pero pedirle seis manzanas todas juntas era demasiado. Dovie percibió ese dejo de duda.

—Tendrás que traerme las manzanas primero y luego te diré el secreto —dijo la niña con firmeza—. Si no hay manzanas, no hay secreto.

—Tal vez no pueda traerlas todas juntas —dijo Jane con nerviosismo—. Pero en una semana las tendré.

A Jane se le volvió a ocurrir otra idea brillante: no comería su manzana diaria; las guardaría hasta juntar seis. Tal vez viniese el médico, pero ¿y qué? A ella le agradaba el doctor Nicholas. Había ido a verla en primavera, cuando estuvo enferma. Era una persona optimista y alegre que solía guiñarle el ojo. Le había dicho a mamá y a tía Helen, sobre todo a tía Helen, que debían dejarla disfrutar del sol durante el verano y así, para el otoño, ya estaría bien.

—Bueno, lo pensaré —dijo Dovie con tono vacilante—. Pero no te ilusiones. Después de todo, creo que no te diré ningún secreto. Eres muy pequeña, ya te lo dije muchas veces.

—Soy más grande que la semana pasada —suplicó Jane—. Dovie, tienes tantos secretos lindos. Podrías contarme uno. No seas tacaña.

—Creo que tengo derecho a tener mis propios secretos —dijo Dovie con voz avasallante—. Jane Lawrence, si tanto quieres tener un secreto, búscalos sola.

—Pero no sé cómo —gritó Jane desesperada—, y sería tan lindo tener un secreto.

—Es hermoso —asintió Dovie—. Te diré más, Jane, la vida no tiene sentido, si uno no tiene secretos. Seis manzanas no son suficientes para pagar por un secreto. Si me dieras esa cadenita de oro...

—No puedo —dijo Jane llena de tristeza—. No es mía, en realidad. Es de mamá, pero a veces me la deja usar. Papá se la regaló justo antes de morir. Es casi la única joya que tiene.

—Sí, ya sabía que tú y tu mamá eran muy pobres —comentó Dovie—. Mi mamá dice que no sabe qué habrían hecho cuando tu mamá enfermó si tu tía Helen no las hubiera invitado a vivir en su casa. Pero tu tía estaba furiosa y le dijo a mamá que ella y George ya tenían bastantes problemas para hacer que les alcanzara el dinero. Y dijo que no bien Hester..., es decir, tu mamá...

—Ya sé cómo se llama mi mamá —dijo Jane, herida en su dignidad. Por más secretos que le fuese a contar, había ciertos límites.

—Bueno, tu tía Helen dijo que no bien Hester se recuperara, debería volver a su trabajo. Pero ¿de qué trabaja tu mamá en el pueblo, Jane?

—Enseña en la escuela —dijo Jane— y enseña muy bien. Pero el secreto, Dovie... me lo dirás, ¿no?

—Hablaemos cuando me traigas las seis manzanas. —Fue todo lo que Dovie contestó.

Pero Dovie nunca había concedido tanto y, esta vez, Jane tenía muchas esperanzas. Dovie se fue y Jane continuó sentada en el muelle. Le gustaba sentarse en el muelle y ver los botes pesqueros ir y venir; a veces divisaba algún barco que se alejaba del puerto, tal vez con destino a tierras bellas y lejanas.

—Muy, muy lejanas —repitió Jane, saboreando las palabras.

Tenían sabor a magia. Deseaba salir a navegar en un barco, pasar por el puerto azul, por el banco de médanos sombríos y por Prospect Point que, a la hora de la puesta del sol, se transformaba en una fortaleza llena de misterio. Navegar lejos, lejos de la bruma azul que se parecía al mar estival. Adentrarse, adentrarse en las islas encantadas de los mares dorados por el sol de la mañana. Jane voló con las alas de su imaginación por todo el mundo, mientras permanecía en cuclillas sobre el viejo muelle, hundido y desvencijado.

Aquella tarde, Jane estaba entusiasmada ante la idea del secreto prometido. Dovie Johnson había sido su compañera de juegos desde que Jane llegó a Bartibog. La primera vez que se vieron, Dovie le susurró al oído:

—Tengo un secreto.

Era la frase más intrigante del mundo. A partir de ese momento, Jane se convirtió en el sumiso satélite que adoraba a Dovie. Y Dovie quería a Jane.

—No es mala; un poco tonta —le había dicho a las otras niñas de Bartibog, que en realidad no se preocuparon en absoluto por Jane.

¿Le contaría el secreto, Dovie? ¿Y qué sería? Algo hermoso, por supuesto. Los secretos siempre eran hermosos. Tal vez Dovie estuvo en el país de los espejos como Alicia, o vio un hada blanca en una hoja de lirio flotante que se balanceaba en el estanque de su padre. O quizás un bote navegando por el río Bartibog, tirado por majestuosos cisnes blancos, sujetos a cadenas de plata. Tal vez el secreto era algo que le habían contado los pájaros. O bien, que había ido a la luna.

En ese momento, la luna, blanca y frágil, estaba sobre los médanos de arena. Pronto se haría brillante y luminosa. A Jane le encantaba soñar con la luna. Representaba un mundo plateado de fantasías, en el que vivía una extraña vida de ensueño. Jamás le había contado todo eso a nadie, ni siquiera a su mamá. Por lo tanto, Jane era dueña de un hermoso secreto, si hubiese sido capaz de verlo.

Tal vez, Dovie conocía a una princesa, o, dado que las princesas eran escasas en Bartibog, a una niña común y silvestre a la que una bruja transformó en sapo.

—Pero no —tembló Jane—. Eso sería feo y los secretos eran siempre lindos.

Lo más probable era que Dovie le contara un secreto. ¡Qué feliz sería, cuando Dovie se lo contara! Ya era feliz con el simple hecho de pensar en que tendría un secreto. Tan feliz estaba que incluso la severa mirada que tía Helen le dirigió cuando llegó tarde a la mesa no logró abatirla.

De todos modos, tía Helen siempre estaba enojada. Jane pensó que una vez que su mamá estuviese bien como para volver al pueblo y enseñar, tendría más de una razón para estar contenta. Sabía que su madre también se alegraría de volver, a pesar de que mamá siempre era dulce y nunca le contestaba mal a tía Helen cuando le decía algo con mala intención. A Jane no le importaba mucho que su tía dijese cosas con malicia. Pero la odiaba, cuando se las decía a mamá. Mamá era tan querida y bonita y triste. Y no era fuerte. Tía Helen siempre se burlaba de ella por esa razón. Debía haber algo malo en eso de ser delicada de salud, aunque Jane no podía imaginar qué era. Ella tampoco era fuerte.

—Pero ¿cómo va a ser fuerte? —Había oído decir a tía Helen, mientras hablaba con tío George—. Su madre no tiene una buena constitución. Beverley cometió un error al casarse con ella. ¡Y pensar que podría haber tenido tantas otras muchachas!

A Jane le gustaba imaginar a las muchachas que su padre podía haber elegido. Cualquiera de ellas habría sido su madre. Pero eso era horrible. Nadie podía ser su madre más que mamá. Eso era inconcebible.

—Creo que Dovie Johnson me va a contar un secreto —le dijo a su mamá aquella noche, cuando fue a acostarse—. Por supuesto, no podré decírtelo, porque no pueden saberlo más de dos personas. No te importará, ¿no es cierto?

—No, en absoluto —le contestó su mamá, muy divertida.

Dovie Johnson siempre le causaba gracia. George decía que era «un pequeño demonio» y Helen no estaba de acuerdo en que jugara con Jane —«aunque los Johnson son muy respetables»—, sin embargo, no había nadie más que jugara con Jane y ella estaba muy apegada a su amiga Dovie.

Durante una semana, Jane se negó su ración diaria de manzanas. Cuando tía Helen se la daba —de mala gana, como siempre— Jane se escabullía y aparentaba comerla, pero en realidad la guardaba en una caja, que estaba en el granero. Cuidaba con verdadero esfuerzo que las manzanas no recibieran golpes ni tuvieran manchas. Esas manzanas no solían mantenerse bien. Pero, cuando se reunió con Dovie en el muelle el sábado por la mañana, tenía las seis manzanas sanas y salvas.

—Aquí tienes las manzanas, Dovie —dijo sin aliento—. Y ahora, cuéntame el secreto.

Dovie miró las manzanas con cierto aire de desdén y dijo:

—Son pequeñas.

El corazón de Jane se entristeció y vaciló:

—Este verano todas las manzanas son pequeñas.

Dovie frunció los labios.

—Te contaré el secreto otro día.

—No quiero que me lo cuentes otro día —gritó Jane. Jane tenía su buen carácter y nada la exaltaba más que la injusticia—. Los tratos son los tratos, Dovie Johnson. Dijiste seis manzanas por un secreto. Aquí están las manzanas y no les darás ni un mordisco hasta que no me digas el secreto.

—Muy bien —dijo Dovie aburrida—. Pero no me culpes si no te gusta cuando lo oigas. Jura que no se lo dirás a nadie y muere si mientes.

—Por supuesto que no se lo diré a nadie. Si no, no sería un secreto.

—Bueno, escucha —dijo Dovie.

Jane estaba lista para escuchar. El agua que rodeaba los pilares del muelle escuchaba. Los cerros que estaban más allá del puerto escuchaban. Al menos, así le parecía a Jane. El mundo entero escuchaba. Jane tembló ante el delicioso éxtasis: por fin iba a

escuchar un secreto.

—¿Conoces a la familia de Jimmy Thomas, el que vive en Harbour Mouth? —preguntó Dovie—. Jimmy Thomas, el de los Seis Dedos.

Jane asintió. Por supuesto que conocía a la familia de Jimmy Thomas, al menos sabía algo de ellos. Tío George les compraba el pescado. Pero ¿qué tenían ellos que ver con el secreto?

—¿Y conoces a Ellen Thomas? —prosiguió Dovie.

Jane la había visto una vez, cuando acompañaba a Jimmy Seis Dedos en el camión lleno de pescado. No le había gustado mucho. Ellen tenía más o menos su edad, llevaba el cabello negro azabache recogido y tenía ojos negros y atrevidos. Y le había sacado la lengua a Jane.

—Bueno —dijo Dovie, después de respirar profundamente—. El secreto es que tú eres Ellen Thomas y ella es Jane Lawrence.

Jane se quedó mirando a Dovie. No tenía la menor idea de lo que Dovie había querido decir. Lo que había escuchado no tenía sentido.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Es muy simple —dijo, y sonrió con lástima—. Las dos nacieron la misma noche. Era en la época en que tu mamá y tu papá vivían en esa casita en Harbour Head, cuando tu papá trabajaba para la gente de Biligy. La enfermera te llevó a casa de los Thomas y te puso en la cuna de Ellen y a tu mamá le llevó a Ellen. Sólo ella sabía del cambio. Lo hizo porque odiaba a tu mamá y quería a tu papá, y así se vengó. Por eso tú en realidad eres Ellen Thomas y deberías vivir en Harbour Mouth y la pobre Jane Lawrence debería estar viviendo con tu tío George en vez de recibir los golpes de su madrastra.

Jane creyó en cada palabra de esa historia descabellada. En ningún momento dudó de la veracidad de la historia de Dovie. La miró con ojos angustiados y desilusionados. ¿Ése... ése era el hermoso secreto?

—¿Cómo te enteraste? —preguntó con los labios secos.

—La enfermera me lo contó antes de morir —dijo Dovie con solemnidad—. Supongo que le remordía la conciencia. Nunca se lo conté a nadie. Cuando volví a ver a Ellen Thomas, es decir a Jane Lawrence, la miré bien. Tiene las mismas orejas que tu mamá y es morocha como ella. En cambio, tú tienes los ojos azules y eres rubia. Supongo que ahora ya no se pueden cambiar las cosas. Pero siempre pensé que no era justo. Tú lo

pasas bien, con tu mamá que te cuida como a una muñeca y la pobre El... digo Jane siempre vestida con harapos y muchas veces sin tener suficiente para comer. Y el viejo Jimmy Seis Dedos, que le pega cuando llega borracho a la casa. Bueno, estas manzanas están de rechupete. —Dovie le dio un gran mordisco a una de ellas—. Si me das seis manzanas más la semana que viene, te contaré otro secreto.

—No quiero escuchar ningún otro secreto —gritó Jane con fervor. Nunca podría olvidar lo que acababa de escuchar. Su pena era más aguda de lo que era capaz de soportar—. Te odio por habérmelo dicho, Dovie Johnson.

Dovie se encogió de hombros.

—Te dije que quizá no te gustaría. ¿Adónde vas?

Porque Jane, pálida y mareada, se había puesto de pie. Con voz triste, dijo:

—A casa. A contarle a mamá.

—No puedes... no debes. Recuerda que juraste que no se lo dirías a nadie —gritó Dovie—. El hombre de la bolsa te atrapará, si se lo cuentas a alguien.

Jane no sabía quién era el hombre de la bolsa y no le importaba. Pero era cierto; había jurado que no se lo diría a nadie. Y mamá siempre decía que las promesas no se debían romper.

—Creo que me iré a casa —dijo Dovie, a quien no le gustó la expresión que vio en los ojos de Jane.

Recogió las manzanas y se marchó; las piernas desnudas y sucias corrieron por el viejo muelle. Atrás, dejó a una niña con el corazón destrozado, sentada entre las ruinas de su pequeño universo. A Dovie no le importó. Jane era tan tonta que no resultaba divertido hacerle bromas.

Jane se sentó en el muelle durante horas... enceguecida, abrumada, abatida. Entonces, no era la hija de mamá; era la hija de Jimmy Seis Dedos, a quien siempre le había tenido un pánico oculto, por el simple hecho de que tenía seis dedos en el pie. No tenía derecho a vivir con mamá, a que mamá la quisiera. Jane gimió con pesar. Mamá dejaría de quererla si se enteraba y volcaría todo su amor en Ellen Thomas. Y sin embargo, ella... ella, Jane Lawrence, era Ellen Thomas.

Jane se llevó la mano a la cabeza.

—Me siento mareada.

—¿Por qué no quieres comer? —preguntó tía Helen con brusquedad durante el almuerzo.

—¿Estuviste mucho tiempo debajo del sol, querida? —preguntó mamá con ansiedad—. ¿Te duele la cabeza?

—Sí... sí —contestó Jane. Algo le dolía mucho, pero no parecía ser la cabeza. ¿Le estaba mintiendo a mamá? Y si le estaba mintiendo, ¿cuántas mentiras más iba a tener que decir? Porque Jane sabía que jamás podría volver a comer. Nunca más, mientras guardara aquel secreto. Y sabía que no se lo podía contar a mamá. No tanto por la promesa en sí —Jane había oído decir a tía Helen que era preferible romper una mala promesa antes que guardarla—, sino porque iba a lastimar a mamá. Jane tenía plena seguridad de que podía herir mucho a mamá. Y mamá no debía, no podía ser lastimada. Jane recordó la época en que mamá lloraba por las noches. Nunca lo olvidaría. No debía contarle jamás el secreto a mamá.

Sin embargo, estaba Ellen Thomas de por medio. No la llamaría Jane Lawrence. Era imposible describir lo mal que Jane se sentía al pensar que Ellen Thomas era Jane Lawrence. Sentía como si algo la estuviera aniquilando. Si ella no era Jane Lawrence, entonces no era nadie. Nunca sería Ellen Thomas.

Pero Ellen Thomas la obsesionaba. Durante una semana, Jane sintió que Ellen la perseguía. Fue una semana horrible, muy horrible, y su mamá estaba muy preocupada, porque no comía y no jugaba con Dovie Johnson y, como decía tía Helen, con desdén, «estaba apática». Mamá quiso llamar al doctor Nicholas, pero estaba de vacaciones y sus pacientes estaban a cargo de un médico desconocido que se alojaba en el Harbour Hotel. A tía Helen no le gustaban los médicos desconocidos.

Jane siempre se preguntaba por qué cuando la gente iba a Bartibog de vacaciones, el doctor Nicholas también se iba. Pero ahora Jane sólo se hacía esa única y horrible pregunta que había surgido de su mente confusa y que la había invadido por completo: ¿No debería Ellen Thomas tener sus derechos? ¿Era justo que ella, Jane Lawrence —Jane se aferraba a su identidad—, tuviera todo lo que se le negaba a Ellen Thomas, cuando en realidad era Ellen la que tenía esos derechos? No, no era justo. Jane estaba convencida y desesperada, porque sabía que no era justo. Jane guardaba en algún lugar de sí misma un gran sentido de la justicia del juego limpio. Y cada vez le afligía más saber que era justo que Ellen Thomas se enterara. Después de todo, no creía que a mamá le importara demasiado. Desde luego, al principio se sentiría un poco trastornada, pero no bien supiera que Ellen Thomas era su verdadera hija, volcaría todo su amor en Ellen y Jane dejaría de ser importante para mamá. Mamá besaría a Ellen Thomas y le cantaría bajo la luz del atardecer, cuando la bruma se acercara desde el mar. Le cantaría la canción que a Jane tanto le gustaba:

Vi un barco navegando, navegando por el mar

que, ¡oh!, estaba cargado de hermosas cosas para mí.

Jane y mamá hablaban a menudo sobre aquel barco que llegaría para ellas. Pero ahora las hermosas cosas serían para Ellen Thomas.

Llegó el día en que Jane se dio cuenta de que no podría soportarlo más. Debía hacer lo que era justo. Iría a Harbour Mouth —era sólo un kilómetro y medio— y les diría la verdad a los Thomas. Y luego, ellos se lo podrían contar a mamá. Jane sentía que no sería capaz de decírselo ella misma.

Jane se sintió un poco mejor cuando tomó esta decisión: mejor, pero muy, muy triste. Trató de comer algo durante el almuerzo, porque aquél sería el último almuerzo que comería con mamá.

—Siempre la llamaré mamá —pensó Jane con desesperación—. Y a Jimmy Seis Dedos no lo llamaré papá. Sólo le diré señor Thomas con mucho respeto. Seguramente no le importará.

Pero algo la ahogaba. No podía comer. Mamá volvió a decir con voz tímida que le gustaría que Jane fuese a ver al médico del hotel.

—El doctor Nicholas volverá en una semana —dijo tía Helen—. No sabemos nada acerca de ese doctor del hotel, ni siquiera su nombre. Y es probable que sus honorarios sean altísimos. No hay apuro. Siempre te preocupas demasiado por Jane. Lo que sucede es que corre mucho durante todo el día. Eso es todo lo que tiene.

—Los últimos días no corrió casi nada —dijo mamá, mientras se ponía de pie. La enfrentó como muy rara vez se atrevió.

Sus ojos brillaron y un leve rubor le encendió las suaves y redondas mejillas que, desde mucho tiempo atrás, estaban pálidas. Jane miró a mamá y la vio por primera vez. Antes, era sólo mamá, alguien que la mimaba y la besaba, que la cuidaba y la alentaba. De pronto, se había transformado en una persona diferente. Mamá era joven y hermosa... muy hermosa. Tenía ojos castaños, suaves y delicados, con pestañas largas, un hermoso cabello negro, con pequeñas ondas que le enmarcaban el rostro. ¡Cabello negro! El corazón de Jane dio un vuelco: Ellen Thomas tenía cabello negro. Por supuesto, ¿acaso ella no era la verdadera hija de mamá? Ella, en cambio, era rubia... «como Beverley», había dicho tía Helen. Por desgracia, Jane nunca escuchó aquel comentario.

Mamá no logró nada con su pequeño arrebató de ira. Tía Helen era inmovible. Jane sabía que mamá debía mantener la calma hasta recuperarse y estar en condiciones de volver a trabajar.

Después de comer, Jane se marchó. Debía ir antes de que oscureciera, caso contrario, perdería el coraje. Mamá y tía Helen pensaron que iba al muelle a jugar con Dovie. Pero Jane caminó, pasó junto al muelle, y tomó la calle que conducía al puerto. Parecía una figura valiente e indomable. Jane no se consideraba una heroína. Por el contrario, sintió vergüenza de ella misma, porque le resultaba difícil hacer lo que era correcto y justo y, sobre todo, porque le resultaba difícil dejar de odiar a Ellen Thomas, dejar de temer a Jimmy Seis Dedos y dejar de pensar en dar la media vuelta y correr junto a mamá.

El cielo estaba encapotado. A lo lejos, sobre el mar, se veían nubes negras y cargadas. Algunos relámpagos vacilantes jugaban sobre el puerto y los cerros cubiertos por frondosos árboles. El pueblo de casas de pescadores de Harbour Mouth estaba inundado por una luz roja que se filtraba por debajo de las nubes bajas. Un grupo de niños que jugaban sobre la arena la miraron con mucha curiosidad, cuando Jane se detuvo a preguntarles cuál era la casa de Jimmy Seis Dedos.

—Aquélla —señaló un chico—. ¿Para qué lo buscas?

—Gracias —dijo Jane, y se dio vuelta.

—¿Ésos son tus buenos modales? —gritó una niña—. Demasiado presumida como para contestar una pregunta cortés.

El muchachito se paró delante de Jane y le dijo:

—¿Ves esa casa que está detrás de la casa de los Thomas? Está llena de ratas y allí te encerraré, si no me dices qué quieres de Jimmy Seis Dedos.

—Vamos, pórtate como una señorita —dijo una niña grande con tono insolente—. Eres de Bartibog y toda la gente de Bartibog se cree muy importante. Contesta la pregunta de Bill.

—Y si no contestas, cuídate —dijo otro niño—. Voy a ahogar a algunos gatitos y tal vez te ahogue a ti también.

—Si tienes diez centavos, te venderé un diente —dijo una niña pelirroja, al mismo tiempo que sonreía con expresión burlona—. Ayer me sacaron uno.

—No tengo diez centavos y además, tu diente no me serviría para nada —contestó Jane, juntando un poco de coraje—. Déjenme sola.

—¡Nada de insolencias! —gritó la pelirroja.

Jane comenzó a correr. El chico de las ratas le puso el pie y la hizo tropezar y Jane cayó, cuan larga era, en la arena mojada por las caricias de la marea. Los demás rieron a gritos. Pero alguien exclamó:

—Allí viene el bote de Jack el Azul.

Todos huyeron. Jane se levantó; tenía el vestido lleno de arena y las medias, sucias. Pero se había liberado de sus torturadores. ¿Serían sus futuros compañeros de juegos?

No debía llorar... no debía llorar. Subió los escalones desvencijados que conducían a la puerta de la casa de Jimmy Seis Dedos. Como todas las casas del puerto, la de Jimmy Seis Dedos estaba construida sobre bloques de madera, para estar fuera del alcance del agua, en caso de mareas demasiado altas, y el espacio de abajo estaba lleno de una mezcla de platos rotos, latas vacías, trampas para cazar langostas y todo tipo de basura. La puerta estaba abierta y Jane entró en una cocina como las que jamás había visto en su vida. El piso desnudo estaba sucio. La piletta estaba repleta de vajilla sucia. Los restos de comida descansaban sobre la vieja y desvencijada mesa de madera y unas moscas horribles, grandes y negras, revoloteaban sobre los restos. Una mujer de cabello gris y desprolijo estaba sentada en una mecedora, amamantando a un bebé, un bebé gris de tanta suciedad.

«Mi hermana», pensó Jane.

No había señales de Ellen o de Jimmy Seis Dedos, y se sintió agradecida por la ausencia del segundo.

—¿Quién eres y qué buscas? —preguntó la mujer con poca amabilidad.

No la invitó a pasar, pero Jane entró. Afuera había comenzado a llover y un fragor de truenos sacudió la casa. Jane sabía que debía decir lo que había ido a decir, antes de que perdiera el coraje; caso contrario, se daría media vuelta y echaría a correr de esa horrible casa de ese horrible bebé y de esas horribles moscas.

—Por favor, quisiera ver a Ellen —dijo—. Tengo algo importante para decirle.

—¿De veras? —dijo la mujer—. Bueno, supongo que debe ser importante para tu tamaño. Ellen no está en casa. Su padre la llevó a pasear por el oeste de Bartibog y con esta tormenta no sé cuándo volverán. Siéntate.

Jane se sentó en una silla rota. Siempre supo que la gente del puerto era pobre, pero nunca imaginó que algunos vivieran así. Una vez había estado con tío George en la casa de la mujer de Tom Fitch, pero estaba ordenada y limpia como la casa de tía Helen. Por supuesto, todos sabían que Jimmy Seis Dedos se gastaba todo el dinero en alcohol. ¡Y ésta sería su casa de aquí en adelante!

«Bueno, trataré de limpiarla», pensó Jane desesperada, pero su corazón le pesaba como si fuese de plomo. La llamarada de altruismo que la condujo hasta allí ya se había extinguido.

—¿Para qué quieres ver a Ellen? —preguntó la mujer de Seis Dedos con curiosidad—. Si es por ese picnic del domingo que organiza la escuela, Ellen no puede ir. Eso ya está decidido. No tiene ropas decentes. ¿Cómo podría conseguírselas? Contéstame.

—No, no se trata del picnic —dijo Jane con tristeza. Sería mejor que le contara a la señora Thomas toda la historia. Después de todo, ella debía saberlo—. Vine a decirle que... ella... ella es yo y yo soy ella.

Tal vez se podría disculpar a la señora de Seis Dedos por no considerar muy lúcidas las palabras de Jane.

—¿Estás loca? —exclamó—. ¿Qué diablos quieres decir?

Jane levantó la cabeza. Lo peor ya había pasado.

—Lo que quiero decir es que Ellen y yo nacimos el mismo día y... y... la enfermera nos cambió, porque odiaba a mamá y... y... Ellen debería estar viviendo con mamá y... y... tener ciertas ventajas.

La última frase era de tía Helen, y Jane pensó que le daba un final digno a aquel discurso tan torpe. La mujer de Seis Dedos clavó la mirada en Jane.

—¿Estoy loca o la loca eres tú? Lo que acabas de decir no tiene sentido. ¿Quién te contó ese embrollo?

—Dovie Johnson.

La mujer de Seis Dedos echó la cabeza enmarañada hacia atrás y se rió. Tal vez era sucia y desprolija, pero tenía una risa atractiva.

—Debí suponerlo. Es todo un invento de Dovie, el pequeño diablito. Bueno, querida señorita no-sé-cuánto, sería mejor que no creyeras en todo lo que te dice Dovie o te volverás loca.

—¿Eso quiere decir que no es verdad? —preguntó Jane sin aliento.

—Por supuesto que no. Supongo que eres demasiado inocente como para creer en algo semejante. Ellen debe tener seis meses más que tú. ¿Pero quién diablo eres?

—Soy Jane Lawrence.

¡Qué hermoso! ¡Era Jane Lawrence de verdad!

—Jane Lawrence. ¡La hija de Beverley Lawrence! Recuerdo muy bien la noche en que naciste. Yo estaba en el Instituto de Biología ayudando a limpiar. En ese entonces, no estaba casada con Seis Dedos todavía —lástima que me casé— y la madre de Ellen estaba viva y sana. Conocí muy bien a tu papá. Era muy amable, pero no vivió mucho. Te pareces a él... tienes sus ojos y su cabello. ¡Y pensar que te creíste la loca historia de Dovie!

—Tengo la costumbre de creer en la gente —dijo Jane, mientras se levantaba con modales majestuosos, pero demasiado feliz como para querer humillar a la mujer de Seis Dedos.

—Bueno, es una costumbre que te conviene olvidar, cuando estés con cualquiera de los indios de la tribu Johnson —dijo la señora de Seis Dedos—. Siéntate, pequeña. No puedes regresar a casa hasta que pase la tormenta. Está lloviendo a cántaros y está más oscuro que cueva de ladrones. Pero... se fue... ¡la niña se fue!

Jane ya había salido a la lluvia torrencial. Sólo el júbilo salvaje que le proporcionaron las palabras de la mujer de Seis Dedos podría haberla llevado de vuelta a casa a través de la tormenta. El viento la azotaba, la lluvia se deslizaba sobre su cuerpo y el reflejo constante de los relámpagos era lo único que le permitía ver el camino. Una y otra vez se resbaló y cayó. En determinado momento se lastimó la muñeca con una astilla de un vidrio roto. Pero finalmente llegó, arrastrándose, empapada, cubierta de barro y manchada de sangre, a la cocina de la casa de tío George, donde su madre, tan pálida como un muerto, caminaba de un lado a otro. Incluso tía Helen parecía preocupada.

Mamá corrió y tomó a Jane en sus brazos.

—Querida, ¡qué susto nos has dado! ¿Dónde estuviste?

—Sólo espero que tu tío George no se muera bajo esta lluvia por salir a buscarte —dijo tía Helen; sin embargo, había cierto alivio regañón en su voz.

Mientras sentía los queridos brazos de mamá que la abrazaban, Jane, casi exhausta y sin aliento, sólo alcanzó a decir:

—Mamá, soy yo. Soy yo de verdad. No soy Ellen Thomas.

—Esta niña está delirando —dijo tía Helen—. No es un momento oportuno para caer enferma.

Mucha agua corrió bajo el puente de Bartibog antes de que llegara aquel día de octubre, en el que Dovie Johnson reunió a un grupo de niñas cautivadas en el patio de la escuela para contarles un secreto.

—Por supuesto, pronto lo sabrán todos. La madre de Jane se va a casar con el doctor Osvald King. Es una historia muy romántica. Cuando Jane cayó tan enferma aquella mañana que siguió a la tormenta eléctrica de julio, la mamá salió como loca a traer al médico del hotel, sin importarle si la esposa de George estaba de acuerdo o no. Ni siquiera sabían el nombre del médico, pero cuando llegó... ¿a que no saben quién era? Un antiguo pretendiente de la señora Lawrence. A ella siempre le había gustado, sólo que Bev Lawrence le gustó más. Pero al doctor King nunca le gustó nadie más y nunca se casó. Y ahora, en una semana, se va a casar con la señora Lawrence. Apuesto a que la mamá de Jane estará contenta de librarse de Doña Tacaña.

—¿Y qué dice Jane —preguntó una niña—, que siempre estuvo tan apegada a su mamá?

—Bueno, el doctor King fue tan bueno con ella durante el tiempo en que estuvo enferma de pulmonía que ella lo adora. La van a llevar en su luna de miel a Europa. Y cuando vuelvan, Jane irá a una escuela privada y exclusiva en Halifax. Me alegro de la suerte que tuvo. Siempre me gustó Jane, aunque era un poco tonta. ¡Era capaz de creer cualquier cosa que uno le decía!